

INTERIORES SENTIMIENTOS

Asaltos tan rigurosos
sufres sin desalentarte
dime, flaco corazón,
¿haste vuelto de diamante?

Entre esas llamas fogosas
que te cercan y combaten
parece te tiene amor
tan hecho a sus propiedades.

Que cuando fuerte te quiere,
fuerte eres e inexpugnable,
y cuando de blanda cera,
te derrites y deshaces.

Entre mortales heridas
y dolores desiguales
de amor vives, y esa vida
te alivia y te satisface.

Quéjaste en los accidentes,
y sientes su rigor grave,
no habiendo gloria en la tierra
con quien gustes de trocarle.

Que sólo el vivir muriendo
porque no mueres te place,
la libertad te atormenta
y sirve de estrecha cárcel.

Y por oscuras mazmorras
suspiras, y ausentes trances:
¡oh! en cuán extraña cadena
quiso amor aprisionarte!

LUISA DE CARVAJAL Y MENDOZA

Enemigo de la violencia

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

(Conde de Canilleros)

EN mis años de mocedad, por la amistad con don Antonio Maura, mi familia tuvo algún contacto con don Eduardo Dato, conservador también, pero que luego se separó del maurismo. Al margen de lo político, en el terreno social y amistoso, estuve en varias ocasiones con Dato, siendo la relación, lógicamente, limitada, por la diferencia de edades y circunstancias, pues el político era hombre maduro, con altos cargos, y yo un muchacho que no llegaba a los veinte. En los contactos medió siempre alguien de mi familia. De no ser por la resonancia de su muerte, es posible que lo hubiera olvidado en mis recuerdos. Su asesinato lo ha hecho perdurar, como lógica consecuencia de que siempre nos afecta más lo que le ocurre a alguien que se ha conocido.

En mi escaso trato me pareció discreto, agradable. Una vez le oí comentar:

—He sido y seré en todo momento enemigo de la violencia.

Lo recordé cuando por la violencia le arrancaron la vida. El hombre pacífico murió violentamente. Los detalles de aquel suceso y las noticias de su vida publicadas entonces, se me grabaron bien en la memoria. Muchos años después, en 1935, las estuve recordando con su nieto primogénito, el Duque de Dato, y la esposa de éste, la Condesa de Guevara, en un tren que desde Niza nos conducía a Barcelona.

Don Eduardo Dato Iradier había nacido en La Coruña, el 12 de Agosto de 1856. Con destaque en el ejercicio de la abogacía, fue diputado desde 1883, subsecretario de Gobernación con Silvela, en 1892, y ministro del mismo departamento, en 1899. Su carrera política siguióse ritmo ascendente, con el desempeño de varios ministerios y la presidencia del Consejo en 1913, 1917 y 1920. El 8 de Marzo de 1921, fue asesinado en su coche, en la Plaza de la Independencia, ante la monumental y madrileñísima Puerta de Alcalá.

Al entrar el coche del presidente del Consejo en la plaza, una

moto lo alcanzó hasta ponerse al costado derecho. Desde el sidecar hicieron unos veinte disparos de pistola contra el auto. La moto huyó por la calle de Serrano; Dato se había desplomado sin vida en el asiento del coche. En la Casa de Socorro de Buenavista, en el número 1 de la calle de Olózaga, a donde fue rápidamente conducido, los médicos sólo pudieron certificar la defunción.

El repugnante crimen indignó a España entera. Los Reyes asistieron al funeral del presidente y fue creado para su viuda el título de Duque de Dato. El Congreso y el Senado celebraron reuniones necrológicas. El Teatro Real cerró sus puertas, suspendiéndose la temporada de ópera en señal de duelo.

Días más tarde era detenido uno de los asesinos, Pedro Mateu. Con el mayor cinismo se confesó autor del crimen, permitiéndose incluso comentarios irónicos con la policía, como éste que hizo al serle ocupadas unas pistolas de gran calidad:

—Estas son armas buenas, y no las que lleváis vosotros.

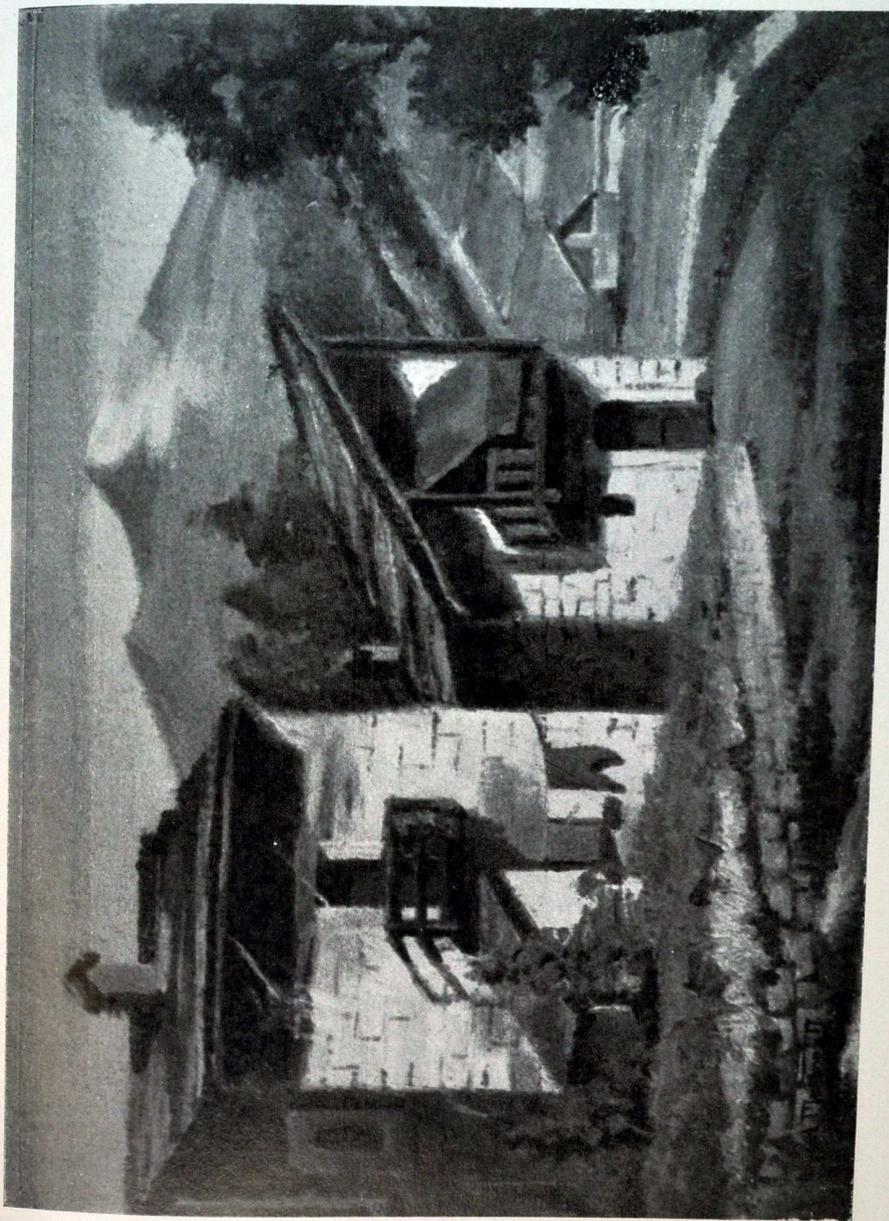
Los otros dos que con él participaron en el crimen, Nicolau y Casanellas, habían logrado salir de España. El primero fue detenido en Alemania y lo trajeron para ser juzgado. La pena de muerte que les fue impuesta a Mateu y Nicolau, se la conmutaron por la de treinta años de presidio. Beneficiados con indultos posteriores, la amnistía concedida al implantarse la República se le aplicó, aunque nada tenía que ver con este caso, por tratarse de un delito común, no político.

Casanellas apareció por España en 1932, procedente de Rusia. Traía consignas para los comunistas españoles. Fue momentáneamente detenido; pero también la República, que había puesto en libertad a los otros dos criminales, le dejó libre, contentándose con expulsarle de España. Así, pues, ninguno de los tres asesinos pagó con su vida la de don Eduardo Dato.

En el aludido viaje con el nieto de la víctima y la condesa de Guevara, recordábamos todo esto:

—Aquí no se cumplió el refrán —comenté— de que «el que a hierro mata a hierro muere». Tu abuelo murió violentamente y los otros, que era a los que le correspondía la muerte violenta, salvaron las vidas.

—¿Qué más daba ya? —dijo el Duque—. Al abuelo no iban a devolverle la vida, y con su manera de ser pacífica y bondadosa, él mismo habría perdonado a los asesinos. Así estuvo mejor, para patetizar bien que, como tu recuerdas que le oíste decir, era de verdad enemigo de la violencia.



NUESTROS ARTISTAS.—«Paisaje», de R. Martínez Moreno.